

Alfonso de Toro, *Borges Infinito. Borges Virtual. Pensamiento y Saber de los Siglos XX y XXI* (Hildesheim: Georg Olms Verlag, 2008).

**ALFONSO DE TORO:
BORGES INFINITO. BORGES VIRTUAL**

Roberto Hozven

Si en el Diccionario de la Real Academia se encuentran todas las palabras de que se sirvió Cervantes para escribir el *Quijote*, *Borges Infinito. Borges Virtual*, el libro del profesor Alfonso de Toro que presentamos hoy día, apuesta a demostrarnos que la cultura desde la cual pensamos e interpretamos lo que vivimos hoy en día, aquí y ahora, pasa, atraviesa, roza o ha rozado, sea tangencialmente, el proceder textual borgiano. Así nos lo plantea desde su segundo capítulo, 2. “Los fundamentos del pensamiento occidental del siglo XX: La ‘post-modernidad’ y Jorge Luis Borges”, donde nos demuestra que la disciplina histórica, por ejemplo, tal como la practicó Hayden White, ya piensa su quehacer dentro del concepto de historia forjado por Borges en su ensayo “En dos libros” en *Otras Inquisiciones* (1952). Lo mismo en sociología, en arquitectura, en diseño, así como en las diversas perspectivas teóricas por las cuales hemos pensado e interpretado nuestra realidad cotidiana. O sea, Borges, su literatura, ha desempeñado el papel de la filosofía para el saber de los siglos XX y XXI: ha

ROBERTO HOZVEN. Profesor titular de literatura hispanoamericana en la Pontificia Universidad Católica de Chile y, entre 1989-1997, en la Universidad de California, Riverside, en EE.UU. Autor de *Octavio Paz, Viajero del Presente* (México: Colegio Nacional, 1994), de ensayos, capítulos de libros y artículos críticos publicados en destacadas revistas españolas, hispanoamericanas y norteamericanas.

constituido, constituye, el horizonte último de sentido por el cual procesamos nuestra vida y aventuramos sus eventuales sentidos. Éste es el punto de partida mesiánico en que nos sitúa, como lectores, este libro de Alfonso de Toro. Él y Borges, como el místico mistraliano, en cambio, saborean a cada hora el cielo como de nuevo. Sentir místico de poeta: saber que todo está presente aquí y ahora, mismito, germinante, pero inalcanzable. ¿Cómo hacernos caer aquí, a nosotros, que casi siempre ‘no estamos ni ahí’. Este libro de Alfonso, este tratado del investigador Alfonso de Toro, apuesta a intervenir la obra borgiana en su proceso de producción significativa, para hacernos experimentar las huellas de su infinitud y virtualidad reconstruyendo las codificaciones rizomáticas articuladoras de sus sentidos, así como de lo que quedó fuera de esos sentidos. “El fuera de la frase” de que nos habló Roland Barthes: el borbotón de asociaciones, “la estereofonía de hablas que bullen en la oreja”, que intervienen lo dicho en la frase pero quedando fuera de ella (79-80). Recuerdo la situación del novelista y del historiador latinoamericanos —tal como la caracteriza soberbiamente Roberto González Echevarría: la novela y la historia latinoamericanas son las cartas que un individuo le escribe a su padre ausente, para entretejer su presencia a través de los códigos que denotan su ausencia (91). Este libro procura entretejer esta ausencia sobredeterminante: Padre exorcizado.

“¿Por dónde comenzar un libro sobre J. L. Borges? Se ha hablado tanto y escrito aún más sobre Borges y su obra...” —se pregunta el autor en la apertura de su cap. 1— y resignado, unas líneas adelante, desprende que no le queda más que “perderse, que es lo más evidente y natural”. Destino, por demás, similar al de cualquier lector de Borges. Unas líneas adelante, frente al deseo de que la obra borgiana se le haga transparente, desprende que será él quién será transparentado, anticipado, por Borges en la medida que “Basta sólo una idea de Borges enfrascada en una palabra para que se realice todo un mundo; por ello no es empíricamente necesario que toda la obra de Borges sea así como la voy a plantear”. Sólo queda escribir el placer del propio descubrimiento en las maneras por las cuales se lo leyó.

Uno de estos placeres —me parece— es el de una enciclopedia alucinada: leo el título del cap. 8: “Intertextualidad-Transtextualidad-Metatextualidad-Autorreferencialidad-Deconstrucción-Muerte del autor-narrador-Rizoma-Ficción interna y externa-‘Objeto-Discurso y Metadis-

curso”’. Entiendo estas enumeraciones, frecuentes en este libro-tratado, como fórmulas que ensayan reconstruir la significancia del libro borgeano (significancia, no significación; es decir, posibilidad habilitadora de sentidos más que un sentido) mientras nos va embarcando en un sentido que, en curso de camino, se transforma en otro o, también, desaparece tras haberse mostrado. A la manera que ocurre, visualmente, en el deslumbrante desvanecimiento de los frescos de los palacios romanos desenterrados en la película *Roma* (1972), de Fellini. Frescos de pinturas maravillosas se desvanecen ante nuestros ojos después de habernos maravillado un instante por la irrupción del oxígeno. Así ocurriría con los sentidos borgeanos, sólo podemos decir que han desaparecido en lo que los hemos experimentado. Los ojos de nuestra mente no ven tanto al objeto inteleccionado, contemplado, como constatan su desaparición. Frente a este fenómeno textual lector, Alfonso de Toro erige su enciclopedia para copar, cooptar, retener el flujo de significados en que el mundo se nos escurre por entre los dedos de la mente. El saber borgeano, como el hipograma de Michel Riffaterre, también es una palabra-huella, un eslabón memorioso que vincula la palabra actual a un paradigma de significancias, que se resuelve en una enciclopedia virtual, que hace de la realidad un flujo de escrituras escalonadas al infinito. Como en las películas de Joseph von Stenberg, siempre hay algo que sirve de disparador al infinito: un rostro que se entrevé, una puerta que se abre, una sombra... A Borges le bastaba con estos indicios mínimos para ramificar su imaginación y encandilar a sus lectores. Y como ocurre con el buen vino, el cual —dicen— revela su secreto a la segunda bocarada, Alfonso saborea estos disparadores borgeanos como saberes que vuelven y que el profesor de Toro se esfuerza en volver a rearticular, a re-hablar, a re-analizar y re-clasificar en taxonomías desovilladas con maestría: “Del ‘postmodernismo’ a la ‘postmodernidad’: ‘memoria’-‘elaboración’-‘perlaboración’” —se titula el apartado 2.1.2.3 Como el perro del infierno, según Gracián, se trata de tener vivo el ojo: ojos en el ojo para ver como mira.

Otro placer de Alfonso que comparto en su reescritura de Borges es su proximidad de enfoques con Deleuze: cuando de Toro lee a Borges desde Deleuze, en realidad, nos está demostrando que Deleuze —en términos deleuzianos— ya ha sido sodomizado por Borges desde mucho antes. Por lo que nos asegura Alfonso (y basta una ojeada a los títulos de los 11 capítulos de su libro). Borges sería el escritor que

habría sodomizado no sólo a Deleuze sino al pensamiento occidental. Lo habría sodomizado en el sentido interpretante especificado por Deleuze:

Me imaginaba llegando a un autor por detrás y dejándole embarazado de una criatura que, siendo suya, sería sin embargo monstruosa. ... pues era preciso que el autor dijese efectivamente todo aquello que yo le hacía decir ... [pasando] por toda clase de descentramientos, deslizamientos, quebrantamientos y emisiones secretas que me causaron gran placer. (Deleuze 13-14).

Borges, estudiado por el profesor de Toro —creo— efectivamente es un autor “punto de arranque” que, o hace decir a otros autores lo que es anterior al mismo Borges: caso *Rayuela* (1963) de Julio Cortázar, novela que “se encuentra en un momento de transición, paso de la modernidad a la postmodernidad” (136); pero que “no llega a ese estado de simulación y virtualidad, de estructura rizomática y nómada, a la que llega la obra de Borges” —escribe de Toro (137). Es decir, Cortázar, quién escribe *Rayuela Después* de Borges (después de *El Hacedor*, 1960; de *Otras Inquisiciones*, 1952; de *El Aleph*, 1949; de *Ficciones*, 1944; es decir, del Borges más reconocido y universal) nos interpela con una escritura anterior a Borges. En términos de Deleuze, podríamos decir que estamos ante una sodomización sietemesina cloacal. *Rayuela*, la hija biológica de Cortázar-madre, no hereda, no coopta la potencia genésica postmodernista del padre putativo Borges fantaseado, sino la más humildemente modernista de Cortázar-madre-biológica, símil de un Cortázar padre sodomizado.

[H]e aquí por qué Borges se transforma en un autor-base, punto de arranque en muy diversos campos del arte y del saber, y no Cortázar. Es la potencia epistemológica de Borges lo que hace trascender a un nivel universal prácticamente incomparable con cualquier autor de la historia de la literatura. (De Toro 137).

En suma, ‘sodomizar’—en términos de Deleuze— significa, primero, *hacer hablar o escribir a un autor “todo aquello que yo le hacía decir”*, sin que este autor haya pensado de suyo propio lo que decía o hacía. Y, segundo, sodomizar significa también engendrarles a los autores que vienen después monstruos semejantes a las huellas traumáticas

del origen que estos autores repudiaron; y de cuyo clivaje, procesos y agentes no quieren saber nada. Sodomizar es devolverles a aquellos que “no quieren estar ni ahí” los monstruos que quisieron escamotear en ese ahí en el cual estuvieron, del cual provienen y del cual arrastran los fantasmas pero haciéndose los suncos. En este sentido, sodomizar es obligar a reconocer y no a extrañar la autoevidencia de las identidades repudiadas. Sodomizar, entonces, es hacer avanzar al sodomizado hacia una crítica postmoderna de la ideología, a la cual todos tendemos a reconocer sólo bajo el modo de su inexistencia y siempre “entrecomillada”. Es decir, como si la ideología estuviera ya y siempre superada por nuestra infinita inteligencia. Cuando —sabemos— la mejor manera de perdurar de la ideología es hacerse pasar por superada, ya que así nos re-atrapa mejor. ‘Díganle al tonto que es fuerte para que siga empujando’. Éste es el lema de la ideología: que nosotros nos creamos por encima de ella, incrédulos ante su llamado, incrédulos y burlones ante los modos obvios de su interpelación porque, precisamente, en la medida que menos creamos en su poder, mejor éste nos domina. Mientras menos creamos en nuestra profunda convicción inconsciente en el poder de la ideología, mejor ésta se apodera de nuestro inconsciente y, desde ahí, nos domina. Creo que la persistencia del profesor de Toro en interrogar la obra borgiana desde tantos puntos de vista, buscando los monstruos a que dieron efecto sus sodomizaciones, es una manera de re-clasificar, de re-intervenir en los hilos secretos y convulsos que nos empujan a ignorar no tanto a Borges como a las huellas traumáticas de nuestros orígenes. Sylvia Molloy o Alicia Borinsky, alumnas orales de Borges —ya que todos, si no la gran mayoría, lo somos de su escritura— en alguna oportunidad, una de las dos, me contó una anécdota alusiva: Borges llega a dar una conferencia. La sala está abarrotada de gentes y murmullos. Es demasiado. Fastidiado, Borges toca el micrófono y pregunta “¿Hay algún negro entre los presentes?”. Se produce un silencio de hielo. Alguien pregunta: “¿Y si lo hubiere, Borges?” “Ah, si lo hubiere no doy la conferencia”. Se produce una estampida de vociferaciones en contra de Borges y pasos de abandono de la sala. Pasado un momento, Borges le pregunta a Sylvia o a Alicia —“¿Cómo estamos?”— “Quedan 20 personas— Borges”. “Ah, ahora sí podemos comenzar”. No me cabe duda la inteligencia de los asistentes a esa atiborrada conferencia de Borges —porque ¡qué inteligentes son los intelectuales argentinos, no?—. Sin embargo, al calor de

lo vivido y bajo la urgencia de la contingencia, la gran mayoría de ese público demostró que por sobre sus inteligencias pesaba y decidía por ellos la convicción secreta y el acuerdo clandestino con sus propios e inconfesos prejuicios. Son ellos quiénes repudian al negro, no Borges —¿quién ironizaba sobre la imposibilidad de dar una conferencia por la presencia de la negritud inserta desde siempre en la oscuridad de su propio campo visual! No, Borges apostaba a liberarse del murmullo multitudinario de los cientos de asistentes lanzando un exabrupto que —él sabía— animaba el inconsciente impolítico de sus compatriotas. Y la reacción de animosidad de ellos bien lo comprobó. La ira hacia Borges no fue más que el exorcismo por el que ese público denegó en público su propio clivaje hacia el negro, todavía presente en ellos como una falta de la que se eximían insultando a Borges. Estamos ante una denegación: nos damos cuenta de lo que es por lo que no es. Cuando el soñante dice ‘no es mi madre la persona del sueño’, reconoce lo reprimido negándolo, sin aceptarlo (Freud, 1134). Slavoj žižek habla de una *determinación opositiva*: cuando la manifestación de una excesiva admiración o un excesivo disgusto respecto de algo, significa lo contrario. ¿Hasta qué punto el énfasis admirativo hacia la civilización del Tíbet no es una excusa inmejorable para mejor rechazar y repudiar a este trabajador tibetano indocumentado? ¿Hasta qué punto “satisfago mis pulsiones homosexuales reprimidas yendo a golpear y a violar gays”? (195).

Decía antes, *Rayuela* es una hija sietemesina del Borges fantaseado por un Cortázar-hijo que no pudo cooptar la escritura borgiana —como lo afirma con autoridad de Toro—: “Borges se transforma en un autor punto de arranque en muy diversos campos del arte y del saber, y no Cortázar”. Me pregunto, ¿habrá alguno de los enculados borgianos tenido un hijo a las alturas del padre fantaseado o todos tuvieron monstruos? Por mi parte, rescataría tres escrituras sobre Borges que —creo— están a las alturas de Borges y produjeron hijos e hijas vaginales y no ya cloacales: pienso en los textos de Luiz Costa Lima, de Noé Jitrik y de Sylvia Molloy sobre Borges. Ninguno de ellos citados en la bibliografía de este libro. Esta constatación no es una crítica, ya que si, acaso, fuera posible dar cuenta de la biblioteca casi infinita de Borges, sería imposible dar cuenta de la virtual. Y con esto no hago más que constatar lo que el título mismo del libro del profesor Alfonso de Toro ya anticipó: *Borges Infinito. Borges Virtual*.

TEXTOS CITADOS

- Barthes, Roland: *Le Plaisir du Texte*. Paris: Seuil, 1973.
- Deleuze, Gilles: *Conversaciones*. Traducción de José Luis Pardo. Valencia, España: Pre-Textos, 1995.
- De Toro, Alfonso: *Borges Infinito. Borges Virtual*. Pensamiento y saber de los siglos XX y XXI. Hildesheim/Zürich/New York: Georg Olms Verlag, 2008.
- Freud, Sigmund: “La Negación”, 1134-1136. Obras completas II. Traducción del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres. Organización y revisión de textos por el Dr. Germain. Madrid: Biblioteca Nueva, 1968.
- González Echevarría, Roberto: *Mito y Archivo. Una Teoría de la Narrativa Latinoamericana*. [1990, 1ª ed. inglés] Traducción de Virginia Aguirre Muñoz. México: F.C.E., 2000.
- žižek, Slavoj: *El Títere y el Enano. El Núcleo Perverso del Cristianismo*. [2003, 1ª ed. inglés] Traducción de Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós, 2006. □

Palabras clave: Borges, posmodernidad, sodomizar, ideología.